

EXPUESTO

Arte y enfermedades mentales



Veintidós artistas –entre ellos, Antoni Tàpies, Jaume Plensa, Evru, Dino Valls, Marina Núñez y Miguel Macaya– participan en la muestra que hasta el 28 de enero la barcelonesa galería Lluçia Homs dedica a la visión que da el arte de la enfermedad mental. En la imagen, obra de Carmen Mariscal

“Comer o no comer”
CENTRO DE ARTE DE SALAMANCA (CASA)
SALAMANCA

Comisario: Darío Corbeira
Avda. Aldehuela, s/n
Tf. 923-18-49-16
Hasta el 19 de enero

Comer o no comer Clausurada la capitalidad cultural de Salamanca, una exposición destaca en el balance de la iniciativa

Arte: alimento, enfermedad, política

MARCELO EXPÓSITO

La carestía o la pobreza no son anomalías indeseadas y reparables de la abundancia, sino su reverso: variables de un sistema socioeconómico que regula la distribución desigual de la riqueza. Es ésta una verdad política que atesora, desde el arte, “Comer o no comer”. Un bodegón del napolitano Luis Meléndez (quien, en el XVIII, pintó alimentos desde la más llana miseria), ¡Marcel Duchamp!, los cristales recogidos por Rossemberg Sandoval tras un atentado en Colombia (“soy un artista montañero y pobre, de padres campesinos desplazados”), una representación anticapitalista y antirracista de Johannesburgo por el cineasta William Kentridge: cuatro piezas que conforman el formidable ejercicio metalingüístico que abre el recorrido, declaración programática que revela sus claves: de la crisis de las formas de representación clásicas por el surgimiento de nuevas tecnologías de la visión a la problematización desacralizadora del cotidiano, del par público/privado y otros pilares culturales...

Atravesar, recorrer: donde la práctica totalidad de las grandes propuestas expositivas actuales se reducen a una banal colección de “grandes” obras dejadas caer en un espacio “neutro”, “Comer o no comer” busca construir un dispositivo. La exposición se despliega mostrándose como un hecho construido: es ahí donde se afirma como un proyecto radicalmente antirromántico, antiilusionista, ambicioso pero antiespectacular: “un relato abierto apartado de la retórica discursiva historicista en el cual lo más importante no sea el material expuesto sino las relaciones que cada espectador establezca con las obras previamente relacionadas... Un lugar contradictorio, un lugar de experiencia e interrogación” (Darío Corbeira, en el voluminoso catálogo).

El centenar largo de artistas y obras

se organizan mediante nodos temáticos en los que ocasionalmente cataliza la exposición (véase la sala acogedora dedicada al restaurante “Food” de Gordon Matta-Clark, o aquella otra en la que una “Última cena” de Warhol estalla en fragmentos: una mesa de Franz West, las sillas de Kosuth...). La construcción pide ser atravesada en una multiplicidad de formas, de acuerdo con ejes temáticos ora bien asentados, ora difusos.

Así, un eje, verdadera columna vertebral, que atraviesa la galería central de la antigua prisión sobre la que se asienta el actual centro de arte. El cadillac

destruido y alimentos perecederos de Vostell (“Energía”, 1973), la elegante “Iconografía” (1975) donde Fabro convoca en banquete póstumo de Víctor Jara a Pasolini, la cena de lujo a garrote vil de Brossa (“Invitado”, 1986-1990)... y sobrevuela el oscuro conjunto una de las piezas de arte más sobrecogedoras del fin de siglo: los coloridos globos de helio de General Idea, remedos de píldoras de AZT, apretados contra el techo, condenados a descender lentamente marchitos. El par cultura/violencia resume el turbulento pasado siglo; alimento y enfermedad en el cuerpo individual y social como territorios políticos.

Y así también, un cuadro de Romero de Torres. Una joven que sostiene un cesto de frutas observa de hito en hito a la procaz Sarah Lucas, al pie de la transhistórica mesa comunitaria femenina de Judy Chicago. Una sala que constata la manera en que el feminismo nos ha enseñado a mirar y a comprendernos de otro modo, desestabilizando radical e irreversiblemente la alta cultura y lo cotidiano. Un nodo que se expande y ramifica como verdadero subtexto feminista de “Comer o no comer”.

La exposición “Comer o no comer” es reveladora y valiente. Afirma que ya no es posible entender el trabajo del arte sino como construcción de dispositivos que problematizan el mundo. Que las obras de arte del pasado no están para ser veneradas, sino puestas al servicio de una comprensión crítica del presente. Que el artista habla tanto por lo que muestra como por lo que calla, y que no puede hablar sino desde su propia condición histórica. Y lo afirma desde el centro de la institución, como una incursión decidida en la contradictoria lógica cultural capitalista. No es poco en la recientemente concluida capitalidad europea de Salamanca, en los prolegómenos turbulentos e inciertos del nuevo milenio. |



01

La muestra es valiente y reveladora; afirma que el artista no puede hablar sino desde su condición histórica

01 Robert Therrien
“Untitled (stacked plates)”, 1994

02 Jason Rhoades
“Giftbox from ‘The Costner complex perfect perfect process’”, 2001



02

Marcelo Expósito es artista y miembro del colectivo editorial de la revista “Brumaria”